

Señor, que vea

El ciego de nacimiento no conocía los colores ni la luz. No había visto las flores ni el atardecer. Vivía su mundo, y le parecía que las cosas tenían que ser siempre así. No echaba de menos todo aquello que uno ve cuando tiene visión. Y Jesús entró en su vida de repente, y de repente se le abrieron los ojos, y comenzó a ver. “Yo sólo sé que antes no veía y ahora veo”. El encuentro con Jesús fue una experiencia personal y un acontecimiento que le cambió totalmente la vida. Comenzó a ver, recibió una capacidad que antes no tenía, y creyó en Jesús como el Hijo de Dios.

Jesús se presenta como la luz del mundo. Él es resplandor de la gloria del Padre, Él es “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. La luz de Cristo no tiene parangón con ninguna otra luz, de las que los hombres han encendido en la historia de la humanidad. La luz de Cristo es la luz de Dios, que no puede ser mirada de frente en el curso de nuestra vida terrena, pero cuyo resplandor ilumina todas las realidades humanas. El hombre percibe este resplandor de la luz de Dios por el don de la fe, y, cuando llegue al cielo, por la visión cara a cara del rostro de Dios, que le llenará de inmensa alegría.

El bautismo nos da una capacidad nueva que antes no teníamos, nos hace capaces de ver las cosas con los ojos de Dios. El bautismo nos infunde la virtud de la fe. En la preparación para la Pascua, en el camino de la cuaresma, nos preparamos con todos los catecúmenos para el sacramento del bautismo y para renovarlo en todos los bautizados. “El ciego fue, se lavó y volvió con vista”. El agua de aquella piscina, como el agua de la fuente bautismal, tiene la capacidad de conceder el don de la fe.

Agradecemos a Dios en este domingo el don de la fe, que Cristo nos dio en el bautismo, gracias al cual vemos un horizonte inimaginable para la razón humana. Y pedimos que este don esté operativo y sea creciente en nosotros. Se puede vivir la vida como incrédulos, como invidentes, pensando que uno ya lo ve todo. Pero la belleza de la vida que aporta la fe no es comparable con ningún otro don, como no es comparable con nada la alegría indecible que el ciego de nacimiento experimentó cuando Jesús entró en su vida y le abrió los ojos.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
02.03.2008